II. REALISMO.

Movimiento literario y artístico del siglo XIX que triunfó en Francia. Destacan en esta corriente literaria: Stendhal, Balzac, Pérez Galdós, Flaubert, Gautier.

¿Y qué es el realismo? Es el no para el sí. Lo negro contra lo blanco. El afan por cada día y por la consecuencia del día; la palabra cruda y escueta; el "paisaje" el "ambiente" para el retrato, el razonamiento tozudo y la corazonada contenida; el deseo desnudo de convencionalismo; la acción sin ceremonias. Lo que se masca, lo que se huele, lo que se toca, lo que se ve sin telaraña en los ojos. Sí, el realismo es todo eso. Pero es algo más, que únicamente se descubre a los menos espontáneos, a cuantos buscan las transformaciones lógicas y razonables, para estos el realismo "no deforma", sino que "conforma". Da igual importancia a la fealdad que a la belleza, a lo sucio que a lo limpio. El realismo es el movimiento que acabó con el romanticismo.

A mediados del siglo XIX, el romanticismo todavía conservaba su vigor en Hispanoamérica; en cambio, en Europa ya había sido sustituido por el realismo. Reaccionando contra el tono exaltado del romanticismo, el realismo se apegaba a la verosimilitud. En vez de buscar temas exóticos, el autor realista examinaba el mundo que lo rodeaba. Se interesaba en los problemas cotidianos de sus vecinos, los que generalmente pertenecían a la clase media. La figura máxima del realismo fue Honorato de Balzac, quien igual que sus correligionarios, Dickens en Inglaterra, Pérez Galdós en España, quiso hacer un esbozo panorámico de la nueva sociedad que iba surgiendo a raíz de la Revolución Industrial y de la Revolución Francesa.

Rechazando a los protagonistas heróicos del romanticismo, el autor realista escogía los tipos más interesantes de la clase media y generalmente los caricaturizaba. Al observar la sociedad los autores veían a sus personajes como la encarnación de ciertos rasgos de carácter: el bondadoso, el tacaño, el ingenuo, el chismoso, el "torcido" y el dichoso. A tal ex-

tremo llegó la predilección por los tipos caricaturescos que se convirtió en base de un género independiente, el artículo de costumbres. El protagonista realista raras veces tiene complejidad psicológica. Casi nunca evoluciona dentro de la obra y toda su actuación refuerza el tipo que el autor quiere presentar, de manera que el conflicto no se libra dentro del personaje sino entre dos personajes, o más, que representan distintos sectores de la población,

Uno de los temas preferidos de los realistas hispanoamericanos era la oposición de la bondad campestre a la maldad urbana. Aunque el desenlace podía no ser feliz, las descripciones detalladas del medio ambiente, fuera el campo o la ciudad, creaban cierta impresión pastoril.

Aunque el realismo se inicia en Hispanoamérica a mediados del siglo XIX, con Alberto Blest Gana, no llegó a su apogeo hasta fines de ese siglo.

Cuentistas hispanoamericanos considerados como representantes de ese movimiento son: José López Portillo y Rojas, Tomás Carrasquilla, Manuel González Zeledón. A pesar de la amplia producción de cuentos realistas en Hispanoamérica, el género todavía no se define muy bien. Algunos cuentos realistas lindan peligrosamente con la novela corta, en tanto que otros se asemejan mucho al artículo de costumbres. De todos modos, el realismo, más que el romanticismo, el naturalismo y el modernismo, despertó el interés en temas netamente americanos, que había de constituir la base de la literatura ya madura del siglo XX.

El movimiento realista se presentó casi exclusivamente en la prosa, rozando apenas la poesía.

CUESTIONARIO:

1.- ¿En qué siglo se ubica el realismo? XIX

2.- ¿Qué escritores destacan? Stendhal, Balzac, Pérez Galdós, Flaubert, Gautier

3.- ¿A qué movimiento se contrapone el realismo? Al romanticismo

4.- ¿Qué características presenta este ismo? Opuesto al romanticismo, Empleo lenguaje preciso y sencillo

5.- ¿Cómo escogían y veían a sus personajes los realistas?

6.- ¿Qué caracteres presenta el protagonista del realismo?

7.- ¿Qué rasgos contraponen el realismo con el romanticismo?

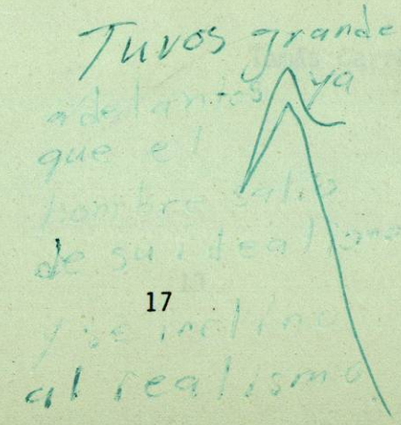
8.- ¿Quién fue la figura máxima del realismo?

9.- ¿Qué intentaban hacer los realistas en sus obras?

10.- ¿Cuál era uno de los temas preferidos de los realistas?

11.- ¿Qué autores son considerados representantes de este movimiento?

12.- ¿De qué género fue casi exclusivo el realismo?



El realismo es concreto en sus temas. Es objetivo. Se inspira en lo natural. Las situaciones y personajes son representativos

"SAN ANTOÑITO."

Aquadita Paz era una criatura entregada a Dios y a su santo servicio. Monja fracasada por estar ya pasadita de edad cuando le vinieron los hervores monásticos, quiso hacer de su casa un simulacro de convento, en el sentido decorativo de la palabra; de su vida algo como un apostolado, y toda, toda ella se dio a los asuntos de iglesia y sacristía, a la conquista de almas, a la mejor honra y gloria de Dios, mucho a acomejar a quien lo hubiese o no menester, ya que no tanto a eso de socorrer pobres y visitar enfermos.

De su casita para la iglesia y de la iglesia para su casita se le iba un día, y otro, y otro, entre gestiones y santas intrigoillas de fábrica, componendas de altares, remontas y surcidos de la indumentaria eclesiástica, cuidado de santos, barrer y exornar todo paraje que se relacionase con el culto.

En tales devaneos y campañas llegó a engranarse en íntimas relaciones y compañerismo con Damiancito Rada, mocosuelo muy pobre, muy devoto y muy mayor en procesiones y ceremonias. En quien vino a cifrar la buena señora un cariño - eterno a la vez que extravagante, hecho raro por cierto en gentes célibes y devotas. Damiancito era su brazo derecho y - su paño de lágrimas; él la ayudaba en barridos y sacudidas, en el lavatorio y lustre de candelabros e incensarios; él se picaba solo para manejar albas y doblar corporales y demás trapos eucarísticos; a su cargo estaba el agarreo de flores, musgos y forrajes para el altar, y era potser ayudante y asesor en los grandes días de replicar recio, cuando se derretía por esos altares mucha cera y esperma, y se colgaban por esos muros y palamentas tantas coronas de flores, tantísimos paramentos de colorines.

Tomás Carrasquilla.

Sobre tan buenas partes, era [illegible] rezandero y edificante, comulgador insigne, aplicado como él solo dentro y fuera de la escuela, de carácter sumiso, dulzarrón y regalado; enemigo de los juegos estrepitosos de la chiquillería, y muy dado a enfrascarse en *La monja santa*, Pudicia de Nieremberg, *Jesucristo* y en otros libros no menos piadosos y embe-

Aguedita Paz era una criatura entregada a Dios y a su - santo servicio. Monja fracasada por estar ya pasadita de edad cuando le vinieron los hervores monásticos, quiso hacer de su casa un simulacro de convento, en el sentido decorativo de la palabra; de su vida algo como un apostolado, y toda, toda - ella se dio a los asuntos de iglesia y sacristía, a la con-- quista de almas, a la mayor honra y gloria de Dios, mucho a aconsejar a quien lo hubiese o no menester, ya que no tanto - a eso de socorrer pobres y visitar enfermos.

De su casita para la iglesia y de la iglesia para su casita se le iba un día, y otro, y otro, entre gestiones y santas intriguillas de fábrica, componendas de altares, remontas y zurcidos de la indumentaria eclesiástica, *toilette* de santos, barrer y exornar todo paraje que se relacionase con el - culto.

En tales devaneos y campañas llegó a engranarse en íntimas relaciones y compañerismos con Damiancito Rada, mocosuelo muy pobre, muy devoto y monaguillo mayor en procesiones y ceremonias. En quien vino a cifrar la buena señora un cariño - tierno a la vez que extravagante, harto raro por cierto en - gentes célibes y devotas. Damiancito era su brazo derecho y - su paño de lágrimas; él la ayudaba en barridos y sacudidas, en el lavatorio y lustre de candelabros e incensarios; él se picaba solo para manejar albas y doblar corporales y demás trapos eucarísticos; a su cargo estaba el acarreo de flores, musgos y forrajes para el altar, y era primer ayudante y asesor en los grandes días de replicar recio, cuando se derretía por esos altares mucha cera y esperma, y se colgaban por esos muros y palamentas tantas coronas de flores, tantísimos paramentones de colorines.

Sobre tan buenas partes, era Damiancito sumamente rezandero y edificante, comulgador insigne, aplicado como él solo dentro y fuera de la escuela, de carácter sumiso, dulzarrón y recatado; enemigo de los juegos estruendosos de la chiquillería, y muy dado a enfrascarse en *La monja santa*, *Práctica de amor a Jesucristo* y en otros libros no menos piadosos y embe-

lecedores.

Prendas tan peregrinas como edificantes, fueron poderosas a que Aguedita, merced a sus videncias e inspiraciones, llegase a adivinar en Damián Rada no un curita de misa y olla, sino un doctor de la Iglesia, mitrado cuando menos, que en tiempos no muy lejanos había de refulgir cual astro de sabiduría y santidad para honra y santificación de Dios.

Lo malo de la cosa era la pobreza e infelicidad de los padres del predestinado y la no mucha abundancia de su protectora. Mas no era ella para renunciar a tan sublimes ideales: esa miseria era la red con que el Patas quería estorbar el vuelo de aquella alma que había de remontarse serena, serena, como una palomita, hasta su Dios; pues no, no lograría el Patas sus intentos. Y discurriendo, discurriendo cómo rompería la diabólica maraña, diose a adiestrar a Damiancito en tejidos de red y crochet; y tan inteligente resultó el discípulo, que al cabo de pocos meses puso en cantarilla un ropón con muchas ramazones y arabescos que eran un primor, labrado por las delicadas manos de Damián.

Catorce pesos, billete sobre billete, resultaron de la invención.

Tras ésta vino otra, y luego la tercera, las cuales le produjeron obras de tres cóndores. Tales ganancias abriéronle a Aguedita tamaña agalla. Fuese al cura y le pidió permiso para hacer un bazar a beneficio de Damián. Concedióselo el párraco, y armada de tal concesión y de su mucha elocuencia y seducciones, encontró apoyo en todo el señorío del pueblo. El éxito fue un sueño que casi trastornó a la buena señora, con ser que era muy cuerda: ¡sesenta y tres pesos!

El prestigio de tal dineral; la fama de las virtudes de Damián, que ya por ese entonces llenaba los ámbitos de la parroquia, la fealdad casi ascética y decididamente eclesiástica del beneficio formáronle aureola, especialmente entre el mujerío y gentes piadosas. "El curita de Aguedita" llamábalo todo el mundo, y en mucho tiempo no se habló de

otra cosa que de sus virtudes, austeridades y penitencias. El curita ayunaba témporas y cuaresmas antes que su Santa Madre Iglesia se lo ordenase, pues apenas entraba por los quince; y no así, atracándose con el mediodía y comiendo cada rato, como se estila ogaño, sino con una frugalidad eminentemente franciscana, y se dieron veces en que el ayuno fuera al traspaso cerrado. El curita de Aguedita se iba por esas mangas en busca de soledades, para hablar con su Dios y echarle unos párrafos de *Imitación de Cristo*, obra que a estas andanzas y aislamientos siempre llevaba consigo. Unas leñadoras contaban haberle visto metido entre una barranca, arrodillado y compungido, dándose golpes de pecho con una mano de moler. Quién aseguraba que en paraje muy remoto y umbrío había hecho una cruz de sauce y que en ella se crucificaba horas enteras a cuero pelado, y nadie lo dudaba pues Damián volvía ojeroso, macilento, de los éxtasis y crucifixiones. En fin, que Damiancito vino a ser el santo de la parroquia, el pararrayos que libraba a tanta gente mala de cóleras divinas. A las señoras limosneras se les hizo preciso que su óbolo pasara por las manos de Damián, y todas a una le pedían que las metiese en parte en sus santas oraciones.

Y como el perfume de las virtudes y el olor de santidad siempre tuvieron tanta magia, Damián, con ser un bicho raquítico, arrugado y enteco, aviejado y paliducho de rostro, muy rodillijunto y patiabierto, muy contraído de pecho y maletón, con una figurilla que más parecía de feto que de muchacho, resultó hasta bonito e interesante. Ya no fue curita: fue "San Antoñito". San Antoñito le nombraban y por San Antoñito entendía. "¡Tan queridito!" -decían las señoras cuando le veían salir de la iglesia, con su paso tan menudito, sus codos tan remendados, su par de parches en las posas, pero tan aseadito y decoroso-. "Tan bello ese modo de rezar, ¡con sus ojos cerrados! ¡La unción de esa criatura es una cosa que edifica! Esa sonrisa de humildad y mansedumbre. ¡Si hasta en el camino se le ve la santidad!"

Una vez adquiridos los dineros, no se durmió Aguedita en las pajas. Avistóse con los padres del muchacho, arreglóle el ajuar; comulgó con él en una misa que habían mandado a la Santísima Trinidad para el buen éxito de la empresa; diole los últimos perfiles y consejos, y una mañana muy fría